

quiera se critican sus obras.

Tal como lo dijimos en la presentación del libro, a dos años de reiniciarse la democracia en Chile, esto es una vergüenza. Ningún país puede hoy subsistir en forma mínimamente civilizada sin literatura y la literatura no puede generarse del aire, sin ninguna forma de apoyo.

Cuando aquí se afirma semi oficialmente que el cuento, como género, está desapareciendo, este libro demuestra precisamente lo contrario. Estamos frente a algo menos de medio centenar de relatos, algunos de incuestionable calidad y aun cuando, citando nuevamente a Ramón Díaz y Diego Muñoz, "será el tiempo el más implacable crítico de estos cuentos", algunos de ellos bien podrían hoy figurar en las antologías de calidad de los actuales cuentos hispanoamericanos.

Estamos, también, ante una nueva forma de narrar en nuestro país, muchas veces poderosa, casi siempre desembozada e ilimitadamente franca, vibrante y violenta, que definitivamente prescinde de la anécdota inmediata y que abarca una amplísima variedad temática.

Estos narradores y narradoras han roto amarras con los lastres naturalistas y el perfeccionismo formal que le siguió y casi todos poseen un lenguaje propio, personal, a veces acendradamente subjetivo, en casos muy experimental y, en la mayoría, muy accesible y digerible para el público actual. Ese lenguaje, naturalmente se expresa con mayor o menor soltura en algunos y con mayores o menores logros en otros, pero no hay creaciones anémicas o adocenadas en **Andar con cuentos**.

Algunos denominadores comunes

La atmósfera de muchos de estos cuentos es claustrofóbica, asfixiante, muchas veces demencial y al referirse a ellos Jaime Hägel acertadamente hizo

alusión a bolsas plásticas cerradas, tubos, piezas condenadas, ascensores. El ejemplo sobresaliente es, precisamente, *El ascensor* de Alvaro Cuadra, sutil y espeluznante metáfora de la gente que no vuelve más, de la que nunca se supo, cuyo paradero se ignora.

Hay, en otros relatos, elementos grotescos y pesadillescos que confluyen a dar una visión irónica, desgarradora y distorsionada por lo hiperrealista, como ocurre en momentos con las narraciones de Carlos Iturra, Jorge Marchant o Eduardo Correa.

Pero por sobre las interpretaciones y reevaluaciones que a futuro se hagan, subsiste una percepción general que hoy parece ética y literariamente muy valedera: ninguno de estos autores parece creerse todavía un precursor de la modernidad y no se divisan actitudes seudo post-modernistas. Es cierto que en muchos cuentos abunda el neoprén, la sexualidad pobre y resentida de los boleros y tangos o el delirio de una época muy alienada, pero no estamos, afortunadamente, ante pasajes literarios que se traducen en complacencia, autosatisfacción o conformidad frente al legado histórico reciente. Tal vez la falta de celebración del *statu quo* haga a estos autores poco atractivos para las editoriales.

Una última observación apunta al origen tan disímil de todos estos escritores. Entre los autores antologados hay ingenieros, abogados, médicos, administradores públicos, empleados y personas de las más variadas ocupaciones y oficios, incluidos, obviamente, algunos ex estudiantes o estudiosos de la literatura. Es decir, hay muchos que no provienen de institutos de estudios literarios y su aproximación a la literatura no ha sido forzosamente universitaria. Este rasgo otorga a **Andar con cuentos** un saludable equilibrio entre el ejercicio individual y el conocimiento académico. ■